

de los lirios del campo y de los gorriónes, cuidará de tus hijas, que lirios son también.

Siguió hablando dulce y cariñosamente.

—Bien, señor.... Pues.... ahora..... el último favor.

—¿Cuál, hija mía?

—Decir á Juan, como usted lo crea más conveniente y oportuno, que no se hable más de esto, que se pague.... y me remita lo que reste á favor nuestro.... Yo no sé lo que valdrán los encajes....

—Adviértote que han sido puestos en el valor que Surville les atribuye.... Alcanzaréis mil pesos....

—No hablemos más del asunto.

Dolores y su hija se despidieron, el Cañónigo las acompañó hasta la escalera. Al verlas irse, díjose:

—¡Pobres gentes! ¡Qué poco le costaría á Juan ser generoso!....

Y en seguida, al oír que el reloj de la sala daba las doce, dijo al criado que á la sazón salía del comedor:

—La comida.



## LXXX

A las diez de la noche, tres horas después de la partida de Juan, una de las tías de Conchita Mijares se presentó en la casa de Arturo Sánchez, en busca de su sobrina.

—Salió á las cinco... no ha vuelto aún, y no sabemos dónde estará...—decía.

—¡No ha venido por aquí en todo el día!—contestó una de las muchachas.—Tal vez salió de allá con intención de venir.... En la calle se encontraría á algunas amigas y se iría con ellas... Cuando usted llegue ya estará allá. ¡Qué paseadora es Concha!

—¡Pero, Dios mío, qué muchacha esa tan alocada y caprichosa! Siempre estoy yo con ella: "Concha: ¡por la Virgen San-

tísima! que tengas más juicio y más cordura!" Pero la niña no hace caso... Es nuestra cruz.

La buena señora se despidió desazonada y en sobresalto, como si presintiera una desgracia... Las Sánchez, aunque no muy discretas de ordinario, se quedaron comentando el incidente, y de comentario en comentario, llegaron á las apostillas y á los escolios, y decían:

—El viaje á Méjico, y la permanencia en casa de las Collantes; el trato con los primos de éstas; el ir y venir con ellos; el andar en los salones de los ricachos, en una sociedad de la cual nada se imaginaba Concha, la traen perdida! Ha venido deslumbrada y llena de ambiciones... Juraríamos que ha llegado á soñar con un marido de la aristocracia, y que, enloquecida por tal sueño, á veces se cree en la opulencia, pisando alfombras y servida por lacayos vestidos con lujosísima librea!... ¿No han observado todos, (no sólo nosotras que la tratamos diariamente, sino hasta quienes apenas tratan con ella) que no habla más que de lujos y esplendores?

—¡Ahora me explico—dijo una— el empeño de Concha para que pusiéramos "Frú-Frú!" ¡Si no charla más que de palacetes y grandes comidas!

—¡Pasemos todo eso!—exclamó, interrumpiendo, la mayor,—¿Creen ustedes

que ha hecho bien Concha en subir y bajar con Juan Collantes? Yo creo que nó. Ni las de su casa hicieron bien en permitirle que fuese sola al paseo. Sola; sí, porque de su familia no iba nadie... ¡Cualquiera diría que á ellas, á las de su casa, les gustaban los galanteos de ese muchacho, que es simpático, ni quien lo niegue, pero que en lo que menos ha de pensar es en casarse, y menos con nuestra amiga. Los ricos buscan ricas... (Eso lo sabe todo el mundo)... Y más esos ricos que tienen las costumbres francesas... ¡Quíá!

Así charlaron largamente.

Al otro día, cuando Arturo volvió de la Oficina, llegó entre contrariado y burlón.

—¿Saben ustedes la gran noticia?—prorrumpió diciendo, al entrar.

—¡No!—respondieron las jóvenes, ya sentadas á la mesa y en espera de su hermano.

—Pues... prepárense á escuchar... ¡Un drama!... Vamos ¡una comedia!... Mejor dicho: un sainete... más interesante que cuantas obras y piezas hemos representado acá!

—¡Dí, por Dios!—exclamó la menor de las hermanitas de Arturo, una chica que cortaba un pelo en el aire, y, lo que es más difícil, á lo largo.

—Conchita Mijares. . . . no parece. ¡Ni quien de razón de ella! Pero ya sé dónde para la prenda.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyen. La mamá de Concha, por medio del licenciado Castro Pérez, ha acudido á la autoridad para que se averigüe el paradero de esa tonta. . . . ¡No sé yo á dónde se le fué la viveza á nuestra amiga!

—¿Y han aclarado algo?—preguntó la madre de Arturo.

—Nada; ¡pero se aclarará!

—¿Y desde cuándo desapareció la palomita?—dijo una de las muchachas.

—Desde anoche. Alguno la vió en la tarde, á eso de las cinco. . . . Llevaba una caja. . . . Tal cuentan.

Todas las hermanas de Arturo se miraron, como explicándose algo.

—¡Ah! Yo me lo explico. . . . Anoche vino á buscar á Concha una de sus tías. . . .

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—No, mamá;—se apresuró á decir Enriqueta—después de las diez. . . . Como anoche. . . . ya no le vimos. . . . no pudimos decirle nada á Arturo.

—Bueno. . . . pues ya sé dónde está Concha á esta hora.—respondió el poeta.

—¿Dónde?

—En un vapor. . . . navegando en aguas del Golfo, en compañía de Juan Collan-

tes. . . . con quien se largó anoche á Veracruz. . . . en tren especial! . . . Yo fui á despedirme de Juan, porque supe casualmente que se iba. . . . y vi en el vagón á una mujer, cuyo aspecto y cuyo cuerpecito me eran conocidos. . . . ¡Y vaya si lo eran! Entonces no acerté á decir quién era. . . . ¡Hasta pensé que fuese alguna mujer que Juan había traído de Méjico! Esta mañana, al saber el rapto. . . . me di cuenta de todo.

—¿Es rapto? Nadie se roba. . . . “rapta,” (como dice Jurado) á una mujer. Las mujeres se van con quien ellas quieren que se las lleve, y. . . . ¡esa es la verdad. . . . ! ¡Que no busquen disculpas! ¿Tengo ó no tengo razón?

—Razón tienes. . . . ¡y de sobra!—contestó Arturo.—Después, ellas, las muy hipócritas, se quejan de su desgracia. . . . ¡Con su pan se lo coman! Lo dice el refrán: al que por su gusto muere. . . . ¡hasta la muerte le sabe!

—Cualquiera diría. . . . que. . . . te duele. . . .

—dijo Leonor.

—¿A mí?—replicó Arturito muy picado.

—¡A tí, hermanito mío, á tí, que bien sabemos que la marquesita de Collantes, desde antes de ser marquesa, no te parecía costal de paja! . . . ¡No lo niegues, hermanito mío! ¡La verdad primero que

todo! Confésalo; confiesa que el asunto te ha podido... No en vano has sentido amor por Concha. Ella tendrá mil defectos, ni quien lo niegue... pero... hay que conceder que es muy simpática, y muy bonitilla! Díganlo si nó las décimas que le hiciste, tan apasionadas y tórridas; que lo digan el interés y el cariño con que siempre representaste con ella. En "La Hija del Rey" eras un torrente de amor... caballeresco, ideal... insuperable... sublime! Un volcán... ¡en plena erupción!

Arturo, contrariado y puesto en berlina, sonreía, disimulando su desazón. Ciertamente: Concha le tenía prendado por aquella viveza de ratoncillo y aquel ingenio ligerísimo, con los cuales se atraía la monologuista á cuantos mozos se le acercaban.

—Ya... veremos el fin de esta novela...—agregó Arturo, afectando indiferencia... Comprendo la exposición... adivino la trama... me doy cuenta de los resortes dramáticos... presiento el nudo... y miro claramente el desenlace... ó, mejor dicho, la catástrofe! Último acto: En París... ¡No lo sé, porque no conozco París! Pero... me lo imagino: "Le Moulin Rouge."

Y de Concha y de su escapatoria con Juan se conversó durante la comida.

Terminada la charla habló la madre de Arturo.

—Concha no es mala... Se reciente de mala educación... Tiene más talento que todos los de su casa... Se impone á todos con su viveza y con su charla, y... de allí procede todo.

—Cada cual en su fila...—agregó Arturo sentenciosamente—y pax Christi.





LXXXI

Pronto corrió la noticia por toda la ciudad, y el nombre de Conchita iba y venía de lengua en lengua.

Es Pluviosilla pacífica de suyo, muy pacífica, y tanto, tanto, que á veces parece á quien la observa discretamente como laguna de aguas muertas. Sólo de tiempo en tiempo se anima y se divierte. Ni la Política, perra vieja que ladra en todas partes, que muerde en muchas, y rabia en algunas, es capaz de inquietar al vecindario y de perturbar la paz augusta y octaviana de que allí se disfruta. Necesítase de fiestas colombinas ó de festejos finiseculares, como quien dice de algo merecedor de un carmen horaciano, para que se muevan y

se entusiasmen aquellas gentes, y se reúnan y se agrupen, y se asocien al amparo de nombres florales... (gravísimo escándalo para la Filología, nuestra señora), con el honesto propósito de echar la casa por la ventana. Sí; aquella paz y aquella tranquilidad beatíficas—olímpicas que dijo el otro,—son deleitosas. Pero como en este misérrimo planeta no hay nada completo, el "venticello" de la murmuración sopla suavísimo, al menor desequilibrio de la atmósfera; sopla dulce y festivo al principio, luego destemplado, y por último penetrante y pungente, lo mismo en casas y en calles que en mentideros y cantinas. Vientecillo suave, suavísimo, que no apagaría una cerilla, pero que aviva mil chispas ocultas en el rescoldo de las pasiones viles y embozadas, esas que como los caracoles no sacan los cuernos sino en los momentos oportunos; que se encastillan en el caracol del disimulo ó de la reserva marrullera. ¡Cosas de pueblo que no han podido ser aniquilados ni por el aumento de habitantes, ni por la prosperidad siempre creciente de la feliz y opulenta ciudad, la Manchester de Méjico. ¿Cómo se habló de Concha? ¿Cómo fueron pasados por tamiz los antecedentes, méritos, cualidades y virtudes de todos los Collantes habidos y por haber? ¿Cómo la guapeza de Conchita fué puesta en tela de juicio, y como

se la juzgó por la murmuración justiciera, la que no raja ni desuella, y se viste de Temis, y pronuncia sentencias y falla ex-cátedra? Piénselo el curioso lector discreto, si sabe de lo que aquí se trata, y puntual y honradamente se refiere. ¡Cómo lamentaban muchos (piadosamente, por supuesto), el extravío de la muchacha, seducida por un chico sugestivo y por la tentadora perspectiva de un viajecito ameno á la deslumbradora Lutecia! ¡La mala educación,—decían otros—la mala educación que es la única que produce tales peras! ¡La falta de religión!—repetían los de más allá. ¡La educación jesuítica!—voceaban en el grupo jacobino, á la sazón muy ardoroso, crudo y batallador.

En las casas, entre señoras mayores... ¡ni se diga! Ello es que Conchita andaba de boca en boca, y en ninguna parte se encontraba un temeroso que no se atreviera á tirar la primera piedra. Hablóse del asunto en la botica más concurrida; charlóse de ella en "El Siglo Eléctrico" y en "El Cometa de Plata," y en juzgamentos y covachuelas no se quedaron cortos. Los mozos mordían de pura envidia; las muchachas no callaban, pero se mostraban más discretas, y hasta piadosas. Las señoritas de Pluviosilla son más dulces que miel hiblea, y mansas y buenas como tortolas. Oían, y, ó callaban compasivas, ó fa-

llaban con tino, dando muestras de altísima rectitud moral.

Los periódicos... ¡Ah! ¿Los periódicos? Esos, esos no tuvieron queda la pluma, ni trataba la lengua, y, á fuer de informadores, soltaron la sin hueso.

“El Siglo de León XIII” hablo poco, poquísimo, al fin de su florilegio semanal:

“Cuéntase por ahí,—dijo textualmente— la fuga de una palomica, con un pichón de rico plumaje, con un palomo semipariense y semimejicano, en busca de los esplendores de las capitales europeas. La autoridad no ha conseguido dar con la pareja, la cual, acaso, á estas horas navega viento en popa en las aguas del Golfo. ¿El?—vástago mayor de un banquero hijo de Pluviosilla, residente por muchos años en París, y al presente radicado la ciudad de Méjico. ¿Ella?—Una muchacha de no feo rostro, lista, con grandes dotes para el teatro dramático, y muy aplaudida en un teatro casero.”

Y agregaba:

“Y si, lector, dijeres ser comentario

Como me lo contaron, te lo cuento.”

“El Contemporizador.” no fué más discreto pero sí menos castizo: Decía:

“RAPTO.—Tiene noticia la autoridad de que una joven llamada C. M., fué raptada hace dos días por un joven acaudalado, educado en París, y de nombre J. C.

miembro de una familia muy conocida en Pluviosilla. Motivos poderosos, al alcance de muchos abonados, nos obligan á dar sólo las iniciales de los prófugos. La policía anda sobre la pista.”

Los sueltos anteriores fueron leídos en todas partes, y en todas partes comentados.

Una noticia publicada en “El Diario Comercial” de Veracruz, vino á aumentar el fuego de la chismografía: la lista de los pasajeros salidos en el trasatlántico “Júpiter.” En ella había una línea que decía sencillamente:

“Juan Collantes y esposa.”





LXXXII

Concha, antes de partir, escribió una carta que en estos términos decía:

“Mi adorada mamá:

“Debo explicarte mi conducta, antes de embarcarme; pero, primeramente, he de implorar tu perdón; tu perdón que no habrás de negarme. Hay almas que nacieron para vivir unidas. La mía y la de Juan son de esas. Esto lo dice todo. He dejado á ustedes, pero su recuerdo vive en mi corazón é irá conmigo. Yo volveré. ¿Cuándo? ¡Cuando sea yo la esposa de Juan! Entonces, los que ahora me censuran, (pues ya me imagino lo que de mí dirán al saber mi salida inopinada,) me



“disculparán y serán bondadosos. El dinero es el Rey del mundo, y todo lo puede!”  
 “La vida de Pluviosilla me era fastidiosa, y justo es que, ya que ahí no pude encontrar un buen partido, yo me lo haya buscado hasta hallarlo. A las tristezas de aquí sucederán las alegrías de París y de Europa... ¡Viajes!... Viajes en Italia... en España... Las corridas de toros en Madrid y en Sevilla... La Grande Opera, y sobre todo, las representaciones del Teatro Francés, mi sueño dorado! ¡Ya sé que diréis que Juan me abandonará cualquier día... ¿Eso?... ¡lo veremos! porque yo tengo más talento que él, ¡vaya! más de aquello con lo cual se hacen los sermones! Yo sabré bien lo que debo hacer. El resultado será el que yo quiero, el que yo me propongo que sea; y ese será, y no otro. Esta es la situación, y no hay que engañarse; que á la larga, “á la fin y á la postre,” (como sabe decir el P. Anticelli), yo he de triunfar, porque pueden mucho los ojos de una mujer!

“Comprendo que al leer entre lágrimas y sollozos esta carta, diréis que soy ligera y vacía de cascos; comprendo cómo me acusaréis, cómo diréis perrerías de mí. ¡Paciencia, mamá, paciencia, tías! Todo se arreglará, aunque para el arreglo tenga que pasar algún tiempo. Entonces, ni

“yo, ni ustedes, tendrán que lavar, que aplanchar ni que hacer la cocina; entonces... ¡adiós bastidor! ¡No mas bordados! ¡No mas romperse los pulmones, bordando ciras para quienes van á casarse, ó para que las novias, á excusas de sus padres, obsequien á sus pretendientes! Entonces nos reuniremos... Y... ¡qué de comodidades, qué descanso, qué días tan alegres! Nada de inquietarse, nada de afligirse, mamá! Ahora no hay que hacer caso de lo que digan. Y volveré á Pluviosilla, y entonces daré recepciones y fiestas, y los que ahora murmuran de mí se tendrán por dichosos si los invito alguna vez.

“A Oscar, al pobre Oscar, á quien ustedes no quieren, pero que es un excelente chico, mas no para mí ni para mis deseos y aspiraciones, que me perdone; que ya me olvidará y amará á otra.

“Estoy contenta, muy contenta, porque soy dueño del porvenir. Pero, si he de decir verdad, si he de decirla, en estos momentos siento que mis ojos se llenan de lágrimas, al pensar en ustedes, en aquella casita nuestra, donde hemos pasado tantas dificultades, tantas pobreza, ocultadas noblemente; donde hasta miserias y hambres hemos padecido; sí, se llenan de lágrimas mis ojos, y siento que se me anuda la garganta, y que la pluma se me

“escapa de las manos. Me ocurre decirle  
 “á Juan: “¡Vete; yo me vuelvo á mi casa!”  
 “Pero el paso está dado. ¡Valor! Y.....  
 “¡adiós! ¡Adiós, mamacita! ¡Adiós, mis  
 “buenas tías! ¡Adiós! A mi papá, si algún  
 “día va por allá, decidle que lo quiero, á  
 “pesar de que él tiene la culpa de todo,  
 “porque no me ha dado más que las siete  
 “letras de mi apellido; sí, que lo quiero;  
 “pero que no me acuse ni me acrimine.  
 “porque, al hacerlo, él se acusaría y se  
 “acriminaría!

“¡Perdón, madre mía! Lo merezco por-  
 “que este papel está bañado con mis lágrí-  
 “mas. Lo escribo mientras Juan ha ido á  
 “la casa del consignatario. Mandaré esta  
 “carta al correo, antes de que él venga, ó  
 “la echaré en el buzón que hay á la puerta  
 “del hotel. De París volveré á escribir y  
 “les daré mi dirección para que me contes-  
 “ten. Dentro de dos horas estaremos na-  
 “vegando. Al ver perderse en la remota  
 “lontananza el Citlalpetl, les mandaré á  
 “ustedes en un beso mi último adiós  
 “¡Un beso, mamá! ¡Otro para mis tías!  
 “Perdónenme, perdonen á su

#### CONCHITA.”

Al acabar de leer esta carta, aquellas  
 buenas y sencillas mujeres se echaron á  
 llorar. Se miraban unas á las otras, y nin-  
 guna se atrevía á desplegar los labios.



#### LXXXIII

—No;—decía doña Dolores,—yo he de  
 hablar con mi cuñado, para hacerle ver  
 que si tiene derecho, acaso discutible, pa-  
 ra cobrarnos esa suma, no lo tiene para  
 que le paguemos lo que generosamente  
 nos facilitó, halagándonos con promesas,  
 á fin de que viniésemos á México...

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No te conozco!—  
 dijo Pablo, acercándose á la señora; la  
 cual, contrariada y mohina, se quitaba los  
 guantes presurosamente, sentada en el so-  
 fá!—¡No te conozco, Lolita mía!—añadió  
 en tono cariñoso.

—¡Pero, hijo!

—¡No hay pero que valga! Piensa  
 que....

—¡En nada puedo pensar!

—¡ Mamá!....

—¡ Hijo mío!

—Mira, mamá linda: la dignidad nos ordena callar. ¿Fué favor? ¿Sí? Pues recibirle como tal. ¿Fué cálculo? Pues.... ¡darse por no entendidos! Humilla horriblemente la idea de reclamar la plena satisfacción de una merced....

—¡ Ni merced ni favor!

—Es cierto... ¿Qué pedimos nosotros? ¡Nada! Pues si nada pedimos, ¿á qué reclamar?... ¡Callemos, y haremos santamente!

—Sí; pero...

—¿ Pero qué?

—Pues que....

—¡ Pues nada! Hoy, lo mismo que siempre... sin darnos por entendidos de lo que pasa.

—¿ Y los encajes?

—Como si fueran... percales....

—¿ Y las niñas? ¿ Y tus hermanas?...

—Mis hermanas, mientras yo viva, tienen estos brazos, y estas manos, y esta cabeza.... que... ¡para algo sirve!

—¡ Es cierto, hijo mío! ¡ Eres muy noblete.... ¡ Como tu padre!

—Vea usted, mamá: no pienso... ni he pensado... Sí; lo he pensado... He pensado en casarme... Vea usted que allá en la tierra, en el terruño, hay unos ojitos ojazos, que.... lo diré, lo diré... porque

tengo que decirlo... unos ojos, mamita... que parecen dos soles; una carita risueña, en la cual resplandecen en celestial consorcio la pureza, la bondad, la dulzura y la alegría! Pues bien, pues bien, una niña de cuerpo esbelto, muy bien educadita, muy cariñosa con sus padres y con sus hermanos, muy piadosa, (sin gazmoñerías), con un rostro rociado de lunares, y con una alma tan grande y tan tierna... me tiene cautivo... y... por usted, por mi Margot, por mi Elena, hasta por ese tarambana de mi hermanito Ramón, no pienso en casamiento. Y... ¡vea usted!, ¡sería yo tan feliz! ¡Tan feliz!

—¡ Gracias, hijo mío!—exclamó, abrazándole la dama.—Estimo en cuanto vale tu abnegación. Nadie mejor que yo sabe cuánto merece esa niña; nadie la quiere más que yo, y no sólo porque te ama, sino porque... es una joyita, una perla... y ¡qué perla!

—Pues... ¡oigame usted, mamá! Oigame: no me casaré jamás... porque todos mis esfuerzos son para usted: todo mi trabajo para ustedes. ¿Qué he hecho locuras? ¡Pocas! ¿Que he malgastado dinero? ¡Poco! Y no se repetirá eso, no se repetirá, se lo aseguro á usted, mamá!

—¡ Gracias, Pablo! Tu mamá te lo agradece. ¡ Eres digno de tus padres!

El rostro del mancebo resplandeció de

júbilo y de honorífica satisfacción. En él nobles anhelos y espontáneo arrepentimiento eran como dobles alas que le sublimaban y le remontaban al cielo.

—Oígame usted, mamá.

—Te escucho.

—¡Ni una palabra! Decir á todo que sí... y se acabó! ¿Necesitan dinero? Pues... ¡pedírmelo! Aquí estoy yo para eso, que yo sabré ingeniar... Antes todo y sabre todo, la dignidad y la justa estimación de sí mismo.

—¿Y el porvenir?

—Como el presente. Como el porvenir será mejor... ¡Aprobar todo!

—¡Tienes razón, Pablo; tienes razón!

Doña Dolores se rindió á la generosidad de su hijo.

—Usted no conoce á mi tío. ¡Yo, sí! ¡Como que le trató diariamente, en su trono; en su reino, en el reino del comercio, en el cual, como en el juego y en la mesa, se conoce á las personas! Mi tío es de lo más raro!... ¡Qué carácter tan desigual y caprichoso! El otro día reclamó porque á un empleado le habían dado un duro para pagar un carruaje, y... poco después... ¡diez minutos después! á solicitud de quien un rato antes no le era grato... mandó que le entregaran quinientos pesos... En cambio... duda y recela de mí...

En esos momentos entró Filomena, lle-

vando la correspondencia que el cartero, "el buen amigo, el cartero" acababa de darle: tres cartas, y dos periódicos mal enfajillados: "El Siglo de León XIII" y "El Contemporizador." Dos cartas eran para doña Dolores, y la otra para Margarita.

Distribuyólas Pablo, y mientras leían, la señora y la señorita, desplegó uno de los papeles para enterarse de lo que pasaba en Pluviosilla, aunque bien sabía él cuán pocas noticias locales traían los tales periódicos. De pronto exclamó la joven.

—¡Jesús! Me lo temía yo... me lo temía yo! ¡Así tenía que pasar! ¡Mamá! Oye... Oyeme tú, Pablo!

El joven dejó el periódico y se dispuso á escuchar.

—Oigan lo que me dice Marta...

Y la blonda señorita leyó:

"Te vas á llenar de asombro al enterarte de lo que voy á decirte. Tu grande amiga "guita Concha Mijares"..."

A la sazón llegó Elena.

Apoyándose en los muebles, iba en busca del sofá. Pablo le dió la mano y la llevó á un asiento que estaba cerca del suyo.

—Sigan leyendo... Sabré qué novedades hay en el terruño...

Margot prosiguió:

"Concha Mijares ha dado la gran campanada... Es el platillo de todas las con-

“versaciones. Da pena oír lo que dicen de ella. Yo no quiero ya oír lo que cuentan. “Figúrate tú que de la noche á la mañana desapareció de su casa... La buscaron por todas partes y no dieron con ella. “Decían que se había ido con el novio, un tal Oscar, que está empleado en la Fábrica del Albano. No sé lo que el pobre dirá, pero puedes estar segura de que no debe saberle á rosas el incidente, tanto más, cuanto que, creyendo la familia de Concha, su mamá y sus tías, que con Oscar se había ido la tortolita, acusaron á éste, y estuvo preso tres ó cuatro horas, hasta que se aclaró que el infeliz era inocente. “Eso me han contado...”

—¡Vaya! exclamó Pablo.—¡Esta sí fué comedia de veras!... ¿Qué dirá Arturo Sánchez que se bebía los vientos por su monologuista.

—Sigue leyendo, criatura...—dijo doña Dolores.

“Eso me han contado. No tardó en saberse la verdad, porque Concha le escribió á su mamá una carta en Veracruz. “antes de embarcarse con su elegante caballero, con tu primito Juan...”

—¿Con quién?—preguntó la ceguezuela.

—¡Con Juan!—respondió Pablo, repitiendo las palabras de Martita.

—Eso no es posible!—replicó Lena.—¡Historias y chismes de Pluviosilla!

Margarita volvió los ojos hacia su hermana, y tras una rápida vacilación, siguió leyendo:

—“Juan Collantes, quien, según dicen, estuvo aquí pocos días, de paso para Europa. Anduvieron en paseos, y alguno vio á Concha, sola con él, una mañana en la Saucedá, el mismo día en que la pareja emprendió el vuelo. Salieron de aquí en la noche, en tren especial. Arturo Sánchez le contó á mi hermano Pepe que cuando él fué á despedirse de tu primo, cuyo repentino viaje supo por casualidad en el Hotel, vió en el vagón á una mujer, cuyo aspecto no le pareció desconocido, ¡qué desconocido había de serle! y que no era otra que nuestra amiga...”

Un grito de Elena interrumpió la lectura. La pobre ciega se había desmayado....

Entre los tres la llevaron á la pieza inmediata, y la acostaron en la cama de doña Dolores.

Disponíase Pablo á ir en busca de un médico cuando la joven volvió en sí. Al cuidado de ella se quedaron Margot y Filomena.

—¿Pues qué ha sucedido, niña Margarita?—preguntó la fiel servidora.

—Yo te contaré...—contestóle en voz baja la blonda señorita.